



Por Ramón Bello Bañón

## EL SEGUNDO MANDATO

Mala cosa el segundo mandato. Nunca segundas partes fueron buenas.

Hay ejemplos en la historia grande y en la historia pequeña. Triunfadores rutilantes de la primera etapa, vieron frustrar la popularidad y el éxito en la segunda. Nombres como Wilson, Eisenhower, Reagan, De Gaulle, Churchill, por citar los más conocidos, avalan esta opinión.

Hay contraejemplos, claro. Pero sigo pensando que no es bueno el segundo mandato, y que es fatal el tercero.

La primera fase es ilusionada, imaginativa, en ocasiones fulgurante. La segunda es acomodaticia, proclive a la inercia y a la rutina, marcada por el cómodo pragmatismo. El mayor peligro del segundo mandato es la autocontemplación, el narcisismo, la propia suficiencia. En la segunda fase se presta cómodo oído al elogio untuoso e interesado del adulator próximo, se pierde la referencia popular, se agosta el que manda en el espléndido aislamiento y en la confortabilidad palaciega del sahumero del líder. El feliz aislado piensa, más que siente, que las cosas sólo pueden ser como él las desea. Se identifica por tanto pensamiento con voluntarismo, y si tiene un rasgo de conveniente autocrítica entrará en liza el adulator para indicarle que el camino es bueno.

¿Intentamos un análisis de esta situación peculiar del segundo mandato? Adelante.

Normalmente, todo es favorable al líder. Ha vuelto a obtener

la confianza de sus seguidores y, por si fuera poco, ha arrastrado a su causa ideológica a muchos indecisos y, felicidad completa, la voluntad de hombres y mujeres que discrepan de él, pero que en un acto de decisión meditada han



**El segundo mandato es acomodaticio, proclive a la inercia y a la rutina.**

llegado a convencerse de que era necesario un cambio y una nueva filosofía en el poder democrático; ha comprobado que sus opositores quedan lejos, unos escorados en los aledaños de la insensatez personalista, otros debatiéndose en la busca del centro perdido,

otros disgregados y congregados, más que en familias afines, en familias dispares sólo unidas por la apetencia de llegar, de llegar a cualquier parte. El líder no sospecha que la textura social es delicada y que la manifestación silenciosa no se corresponde con la manifestación de la algarada. Que la calle y la urna son receptáculos diferenciados y que, en la primera cabe la pancarta y la pedrada, y en la segunda sólo tiene asiento una lista de la que no puede borrarse ni un solo nombre; que también la sociedad tiene un especial cansancio como lo tiene el metal en la aeronáutica. El tejido social comienza a distenderse: Descubre que su lenguaje no es el lenguaje coloquial del centro de trabajo, de la cafetería, del *pub*; en los estudiantes advina un gesto irreconocible. El segundo mandato ha de ser mejor, medita el mandatario: Conozco con mayor profundidad los problemas que afectan a la vida política; he contrastado en la sabiduría empírica —esto de sabiduría empírica no lo dice, desde luego— mis dudas y mis resoluciones; estoy más preparado; tengo auxiliares más documentados; he aprendido que mejor que prescindir de colaboradores, hay que mantenerlos para que nadie pueda reprocharme el posible desacierto de la elección. ¿Por qué entonces, la algarada, la huelga, la protesta, la reivindicación, el tractor en la carretera, el médico en el pasillo?

El segundo mandato.